

rias, ¿las hemos suplido con frecuentes aspiraciones y elevaciones del corazón á Dios? ¿Nos hemos alegrado de ver cerca de nosotros personas de piedad, que puedan llevarnos á esas santas prácticas?

Por último, ¿nos hemos comportado en nuestras enfermedades de una manera capaz de edificar á todo el mundo, por la obediencia á nuestros superiores, por la aceptación de los medicamentos, por la dulzura para con nuestros hermanos, por la gratitud á los que nos sirven, en una palabra, por la práctica de todas las virtudes que puedan contribuir á hacer un santo uso de las enfermedades?

TERCER PUNTO.

Dios mío, ¡cuán bien conocía el precio de las enfermedades aquel santo solitario que, por haber pasado un año sin achaque ni dolor alguno, se quejaba tiernamente á Vos de que no os habíais dignado visitarle! *Flebat dicens: Reliquisti me, Domine, et noluisti me presenti anno visitare.* (De vitis Patr. lib. 3, núm. 58). Dadme parte, os ruego, de esos sentimientos y disposiciones, á fin de que, si no deseo yo como él las enfermedades, soporte al menos pacientemente las que quisiéreis enviarme, y haga santo uso de ellas.

EXÁMEN.

De la convalecencia.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, fuerza, sosten y salud de los convalecientes. En la convalecencia se pone mucho empeño en fortificar la carne, y es muy raro que esto se haga sin debilitar el espíritu. Solamente una grande fidelidad á la gracia puede hacer evitar este inconveniente; pero Jesucristo no falta jamás á dispensar el auxilio que en estas circunstancias se le pide con confianza: *Petite et accipietis*. Rindámosle nuestros deberes en reconocimiento de tan grande bondad.

SEGUNDO PUNTO.

Cuando nosotros hemos estado de convalecencia, ¿hemos mirado este tiempo como uno de los más peligrosos de la vida, puesto que siendo entonces obligados á dar soltura á la naturaleza para restablecer la salud, ordinariamente se incurre en el inconveniente de proporcionarla demasiada libertad?

¿No nos hemos dejado llevar entonces de la golosina, alimentándonos con exceso, solicitando con demasiado cuidado las mejores viandas, pensando que debe darse á

nuestro gusto y á nuestro apetito todo lo que ellos exigen, bajo pretexto de que esto es necesario para restablecernos y reparar nuestras fuerzas?

¿No hemos caído entonces en la ociosidad y en la pereza? Y, porque efectivamente teníamos necesidad de reposo, y encontrándonos débiles no podíamos trabajar de una manera ordinaria, ¿no hemos por esto evitado todo género de trabajo, áun cuando nos fuese fácil encontrar alguno que de ningun modo nos fuese incómodo?

El muy grande temor de recaer en la enfermedad, ¿no nos ha hecho negligentes para volver á nuestros ejercicios ordinarios, y en lugar de introducirnos en ellos poco á poco y á medida que aumentaban nuestras fuerzas, no hemos diferido hacerlo de uno á otro día, aplazándolo hasta que fuésemos perfectamente restablecidos?

¿No hemos sentido disgusto sobre todo para volver á nuestra oracion, prevenidos de la falsa idea de que ella exige una muy fuerte aplicacion, y muy grande violencia para un convaleciente?

Cuando se nos ha aconsejado tomar el aire libre y hacer algun ejercicio, ¿no nos hemos servido de esta ocasion para deslizarnos durante el tiempo de convalecencia en lo que no nos hubiéramos atrevido á hacer en el tiempo de perfecta salud, yendo á curiosear los grandes edificios, los be-

llos jardines y otros lugares que, llenando nuestro espíritu de mil vanas ideas, no pueden dejar sino peligrosas impresiones sobre nuestro corazon?

¿No hemos tomado con demasiado cuidado la necesidad que tenemos de recrearnos, no haciendo escrupulo alguno de ejercitarnos en juegos prohibidos, jugando sin moderacion en los que nos son permitidos, evitando la conversacion de personas de piedad porque fuese demasiado séria, entreteniéndonos casi siempre en novedades y cosas profanas, y tomándonos otras mil pequeñas libertades poco decentes y poco convenientes á los eclesiásticos?

En fin, ¿no nos hemos imaginado que el cuidado de recobrar nuestra salud nos daba libertad de ver, de oír, de decir y de hacer todo lo que nos parecia bueno; y sobre este fundamento no hemos deseado este estado de convalecencia y procurado tal vez demorarle por largo tiempo?

TERCER PUNTO.

Dios mio, Vos sabeis cuán peligroso es el tránsito de la enfermedad á la salud, y cuán difícil es que un convaleciente se mantenga entonces en su deber: preservadnos, Señor, de esta desgracia, á fin de que no seamos nosotros del número de aquellos que, recobrando las fuerzas del cuerpo, pierden las del alma y abusan de su sani-

dad, como si ella no se les hubiese dado sino para complacerse, y de ningun modo para vuestra gloria: *Qui accepta sanitate lascivientes, sibi non Domino sanantur.* (Aug. in Psalm. xcvii).

### EXÁMEN.

De la ociosidad.

#### PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, que para excitarnos á una grande aversion á la ociosidad, nos muestra en la Escritura santa, por tres ejemplos muy marcados, la manera con que se ve obligado á castigarla para que la temamos. El arroja en los abismos al servidor inútil; corta el árbol estéril y le condena al fuego; maldice por su Apóstol la tierra que nada produce. Así es como El trata á las personas que viven en la ociosidad. Temamos parecer á sus ojos en este estado.

#### SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros tenemos por la ociosidad toda la aversion que ella merece.

¿Hemos tenido cuidado de evitarla, considerándola como un vicio que el Espíritu Santo nos enseña ser el manantial de una infinidad de pecados? *Multam malitiam docuit otiositas.* (Eccli. xxxiii, 29).

¿Hemos considerado que ella fué uno de los principales desarreglos de Sodoma, y que siendo ella la causa de sus crímenes infames y de la horrorosa destruccion de esta ciudad, no hay abominacion que no sea capaz de hacernos cometer, ni suplicio que ella no pueda atraer sobre nosotros? *Hæc fuit iniquitas Sodomæ, otium illius et filiarum ejus.* (Ezech. xvi, 49).

¿Hemos pensado algunas veces que los más grandes hombres, despues de haber evitado una infinidad de riesgos, han venido á naufragar á causa de este vicio; y que David, Sanson y Salomon, despues de haber sido tan santos en el trabajo, fueron desgraciadamente perdidos en la ociosidad? *In occupationibus sancti, in otio perierunt.* (Ad frat. Erem. Serm. vi, in op. S. Aug.).

¿Hemos creido que este estado es entre todos el más sujeto á tentaciones; que en él son ellas más frecuentes, más fuertes y más peligrosas, y que, segun el sentir comun de los santos Padres del desierto, por un demonio que tienta á una persona que trabaja, hay cien que hacen cruelmente la guerra al que se encuentra en la ociosidad? *Operantem demone uno pulsari; otiosum vero innumeris devastari.* (Cass. lib. x, Inst. c. 23).

Si hemos tenido trabajo en convencernos de que trae de por sí estos tan funestos efectos, ¿hemos creido al menos que

los que están ociosos son fecundos en pensamientos inútiles, en resoluciones inconstantes, en cambios indiscretos, en distracciones continuas y en mil vanas curiosidades? *Inquiete ambulantes, nihil operantes, sed curiose agentes.* (II Thess. III).

En lugar de hacer estas reflexiones que nos retraerian de la ociosidad, ¿no la hemos mirado como un gran bien, estimando dichosos á los que nada tienen que hacer, y que pueden dispensarse de trabajar?

¿No hemos aún deseado encontrarnos algunas veces en este fatal estado de ociosidad, á fin de poder gozar un poco á nuestro gusto? ¿no nos hemos dispensado de nuestras obligaciones las más urgentes, difiriendo emprenderlas por algun tiempo, ó haciéndonos suplir por alguna otra persona, nada más que por la tendencia á la ociosidad?

En fin, ¿hemos pensado seriamente que es propio de la ociosidad debilitar y entorpecer el alma, sofocar en ella las virtudes, fortificar los vicios, y, por fin, perderla enteramente y conducirla á los suplicios eternos? *Effeminari otio et torpere pigritia nihil aliud est quam suffocare virtutem, nutrire vitium, viam construere ad gehennam.* (Pet. Bless. Ep.).

TERCER PUNTO.

Dios mio, nada hay tan frecuente en la Escritura y en los santos Padres, como los motivos de odio y de aversion que debemos tener por la ociosidad; y no obstante, nada hay más raro en la práctica que encontrar personas que no abriguen inclinacion por este vicio, y que se esfuercen sinceramente en evitarlo. Para remediar este desarreglo dadnos, oh Dios mio, amor al trabajo, y hacednos comprender bien que incurriríamos en una grande injusticia dispensándonos de trabajar despues del pecado, pues aún en el estado de la inocencia hubiéramos debido hacerlo: *Posuit Deus hominem in Paradiso ut operaretur.* (Gen. II, 15).

DE LAS TENTACIONES.

PRIMER EXÁMEN.

Cómo es necesario comportarse en ellas.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, que no obstante ser tan santo como es, quiso ser tentado por el demonio: *Expulit eum Spiritus, ut tentaretur à diabolo.* (Marc. I). Admiramos cómo El ha querido sujetarse á esta